

## ESCRIBIENDO EL EPITAFIO: EL DIARIO CLARÍN EN LA ANTESALA DEL GOLPE DE ESTADO DE 1976

---

Marcelo Borrelli<sup>1</sup>

UBA/CONICET

[marcebor@gmail.com](mailto:marcebor@gmail.com)

Material original autorizado para su primera publicación en la revista académica Hologramática

### RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar la posición editorial de *Clarín*, uno de los principales diarios nacionales durante el periodo de estudio, frente al golpe de estado militar del 24 de marzo de 1976 y al proceso de desestabilización política y económica que funcionó como preámbulo de este acontecimiento. Para ello se analizarán las principales posiciones editoriales del matutino frente al derrumbamiento del gobierno peronista, así como también el fundamento ideológico desde el cual evaluó las circunstancias políticas previas al golpe y legitimó la intervención de las Fuerzas Armadas. En este aspecto, durante la segunda parte de 1975, el diario fue profundizando el tono admonitorio con que juzgó a la administración peronista, ampliando su crítica desde el ámbito económico hacia otros de orden político e institucional, de manera de comprender a la toma del poder militar como un final “inevitable” por los errores de todos los actores institucionales de la república. Por último, se repasarán brevemente las características históricas más salientes del matutino, a la vez que se describirá la coyuntura en la que se produjo el golpe de Estado que dio inicio al período sin duda más

---

<sup>1</sup> Marcelo Borrelli es Magíster en Comunicación y Cultura y Lic. en Ciencias de la Comunicación, ambos por la Universidad de Buenos Aires. Es docente e investigador por la UBA y becario doctoral CONICET. Ha finalizado sus estudios como doctorando en Ciencias Sociales (tesis en preparación). Ha participado de proyectos de investigación UBACYT y publicado trabajos sobre la historia de la prensa durante la dictadura militar y sobre enseñanza de la historia reciente y Ciencias Sociales. Ha publicado recientemente el libro “*El diario de Massera*”. *Historia y política editorial de Convicción: la prensa del “Proceso”* (Koyatun, 2008) y en breve publicará el libro *Hacia el “final inevitable”. Clarín y el golpe de Estado de 1976* (EDULP, en prensa).

trágico de la historia argentina contemporánea.

**Palabras clave:** *Clarín*, golpe de estado de 1976, dictadura militar

## **ABSTRACT**

WRITING THE EPITAPH: CLARIN IN THE ANTEROOM OF THE 1976 COUP D'ÉTAT

The aim of this paper is to analyze the editorial position of Clarin, a leading national newspaper during the study period, in relation to the military coup of 24 March 1976 and the process of political and economic destabilization that functioned as a preamble to this event. This paper will analyze Clarin's editorials against the collapse of the Peronist government, as well as its ideological foundations that legitimated the military intervention. During the second half of 1975, Clarin deepened the admonitory tone with which the Peronist administration was judged, broadening its criticism from the economic to other political and institutional issues, making the military takeover as an "inevitable" end as well as a consequence for the mistakes of all institutional actors of the republic. Finally, this work briefly highlights some other features of the newspaper, describing the situation that led to the most tragic period of the contemporary history of Argentina.

**Keywords:** Clarín, 1976 coup, military dictatorship

## Introducción<sup>2</sup>

Este artículo se propone analizar críticamente la posición editorial de *Clarín* frente al golpe de estado militar del 24 de marzo de 1976 y al proceso de desestabilización política y económica que funcionó como preámbulo de este acontecimiento. El trabajo se inscribe en su aspecto teórico y metodológico dentro de la tradición de análisis crítico del discurso (Van Dijk, 1990), entendida en amplio sentido como una sociosemiótica que se orienta a analizar las prácticas sociales de producción y reconocimiento de significados en una comunidad determinada, y “las estrategias de manipulación, legitimación, creación de consenso y otros mecanismos discursivos que influyen en el pensamiento de las personas, a través de los medios” (Kornblit, 2004: 118). En este caso, el artículo se sitúa en el análisis discursivo de una publicación periódica, teniendo en cuenta sus condiciones de producción (Verón, 1987). Al entender a las condiciones de producción, como “un determinado contexto político, económico y social” (Pêcheux, 1978: 38) se deberá establecer las condiciones históricas y sociales en las que la enunciación fue producida (Voloshinov, 1976). De allí que este artículo se proponga analizar y vincular los medios de prensa con una trama histórica, social y cultural determinada. Sobre esta base se comprende la posibilidad que el análisis de las publicaciones periódicas y sus posicionamientos ideológicos ofrecen para indagar el entrecruzamiento entre la historia política y la historia de las ideas. Desde esta perspectiva, las publicaciones no son meros soportes de ideologías que estarían por “detrás” de ellas, sino vehículos activos destinados a la conformación de espacios sociales, la construcción de públicos, la legitimación de corrientes de opinión, la influencia concreta en las decisiones políticas y otras de interés público y amplia incidencia social. Es en este sentido que se interpreta al diario como un *actor político* que debe ser analizado teniendo en cuenta su capacidad de influir en la toma de decisiones colectivas (Borrat, 1989). Y, en esta línea, se propone que la gran prensa

---

<sup>2</sup> Este trabajo se basa en las conclusiones de la Tesis de Maestría que el autor presentó como finalización de la Maestría en Comunicación y Cultura de la Fac.de Cs. Sociales de la UBA, en el marco más amplio de su investigación doctoral sobre la posición editorial de *Clarín* durante la dictadura militar. La tesis se publicará en formato libro durante el año 2010, con el título “*Hacia el final inevitable*”. *Clarín y el golpe de Estado de 1976* (EDULP). El autor ha recibido el apoyo del CONICET a través de una beca doctoral de Postgrado Tipo I y Tipo II.

argentina tuvo un papel clave en la conformación de corrientes de opinión que legitimaron el golpe militar de 1976.

### **El diario Clarín hacia 1976**

El diario *Clarín* lanzó su primer número al público el 28 de agosto de 1945. Su fundador fue Roberto J. Noble quien dirigió el diario hasta el día de su fallecimiento, el 12 de enero de 1969. Luego su esposa, Ernestina Herrera de Noble, se hizo cargo de la dirección del diario, la cual ha ejercido hasta la actualidad. *Clarín* tuvo una carrera ascendente desde su primer número. Durante el primer peronismo aumentó sus ventas y su popularidad, forjando una posición autónoma del poder político peronista. En ese momento su competidor directo era el diario *La Prensa*, aunque ostentaba una mayor circulación e influencia y captaba además la mayoría de los avisos clasificados. La expropiación de *La Prensa* por parte del gobierno peronista en el año 1951 benefició directamente a *Clarín*. El diario de Noble captó el flujo de lectores y de avisos clasificados que habían pertenecido a *La Prensa*, ubicándose como el diario de referencia de una clase media dinámica y en crecimiento. Hacia fines de los años '60 ya se había constituido en uno de los primeros diarios en el ranking de ventas nacionales (con una tirada promedio de 360.000 ejemplares diarios; *La Razón* y *Crónica* llegaban a 500.000 sumando todas sus ediciones). Desde la década del '60 se hallaba posicionado en el mercado periodístico como un referente clave de la clase media de los principales centros urbanos de la Argentina, en particular de Buenos Aires. Durante el periodo 1976-1983 fue el diario con mayor tirada en la Capital Federal y, además de ser el líder indiscutido en la publicación de los avisos clasificados, consolidó una amplia influencia en la opinión pública nacional (Getino, 1995, p. 91).

Hacia finales de la década del '50, y hasta inicios de la década del '80, *Clarín* abrazó el ideario político del desarrollismo vernáculo encabezado por el dirigente Rogelio Frigerio y el ex presidente Arturo Frondizi. Hacia 1970 esta vinculación se concretará en una alianza ideológica, política y financiera con el partido que aglutinaba al pensamiento desarrollista nacional, el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) (Asís, 2000; Llonto, 2003; Ramos, 1993; Ulanovsky, 1996). El vínculo se expresó en su

pensamiento editorial y en la participación de hombres del desarrollismo en Clarín, quienes trabajaron en la redacción del diario ejerciendo un verdadero “control ideológico” de su línea editorial y sobre las notas sensibles en relación a la política y a la economía. De todas maneras, para analizar de manera integral la posición editorial del diario su íntima cercanía con la doctrina desarrollista debe articularse con los propios intereses del diario como empresa periodística. El desarrollismo nutrió a *Clarín* de un perfil ideológico definido y coherente durante los años que duró el maridaje - hasta los primeros meses de 1982-, cuando la directora decidió echar a los hombres del desarrollismo y terminar la relación. Para entender este episodio trascendental en la vida del matutino debe comprenderse su paulatina consolidación como una importante empresa periodística -eje de un futuro grupo económico- que tomará impulso a partir de 1976-1977 con su participación, junto a los diarios *La Nación* y *La Razón*, en la empresa productora de papel Papel Prensa S.A (Borrelli, 2008a).

### **Clarín en la antesala del golpe militar**

En una referencia sintética sobre la posición editorial del diario en los meses inmediatamente previos al golpe militar, puede mencionarse que desde el intento frustrado del gobierno de María Estela Martínez de Perón (Isabel) de plasmar un plan económico ortodoxo conocido como “Rodrigazo”, en junio de 1975, y hasta el golpe de estado de 1976, la línea editorial del diario tendió a ser una caja de resonancia de las críticas negativas que el MID le destinó al gobierno peronista en su último tramo (Borrelli, 2010)<sup>3</sup>. Desde mediados de 1975 el gobierno peronista sufrió un vertiginoso proceso de licuación de poder, flanqueado por la agudización de la violencia política, los problemas económicos, los planes militares para desembarcar en el poder, la militarización de la política, las peleas hacia dentro del peronismo y la pérdida de

---

<sup>3</sup> Recuérdese que el MID era integrante del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) que había ganado las elecciones del 11 de marzo de 1973 (un frente de partidos que lideraba el peronismo y se completaba con el desarrollismo y pequeños sectores desprendidos del socialismo, el radicalismo y los conservadores populares). El MID, pese a haber acompañado la plataforma electoral del 11 de marzo, no había suscripto los acuerdos programáticos inscriptos en el Pacto Social, en junio de 1973, y consideraba que la política económica que había iniciado Gelbard perjudicaba los intereses empresariales y la capacidad productiva nacional. Desde inicios de 1975 se había pronunciado su distanciamiento político del peronismo, vinculado también con el reducido espacio que el justicialismo le había otorgado al MID en el Frente.

legitimidad del accionar presidencial, entre otras variables desestabilizadoras<sup>4</sup>. En ese contexto de desmoronamiento del poder gubernamental y de ajada institucionalidad democrática, los editoriales de *Clarín* advirtieron en estilo crecientemente *admonitorio*<sup>5</sup> sobre el incorrecto rumbo que había tomado el proceso abierto en 1973, la fatigante crisis económica, “moral” y política y el cada vez más necesario salto hacia el “desarrollo”. La demanda era planteada en términos refundacionales, en tanto para el matutino el país debía regenerarse a sí mismo a través de la puesta en marcha de la “solución desarrollista”: afianzar la sustitución de importaciones, avanzar en la tecnificación del campo y en la integración agroindustrial, integrar productivamente el país, modernizar la producción energética, consolidar el capital interno y estimular la llegada del capital externo, afianzar la alianza de clases entre capital y trabajo en el marco del progreso, entre sus tópicos más relevantes (Acuña, 1984; Nosiglia, 1983). Para *Clarín* y el desarrollismo la economía era la base de la cual dependían todos los demás niveles de la vida social argentina. Sin dar el “gran salto” del subdesarrollo hacia el desarrollo, la sociedad argentina -extraviada luego de la experiencia frondicista de 1958-1962- no podría resolver sus acuciantes problemas. De allí que una de las principales críticas al poder peronista residiera en lo que consideraba como una práctica desmesuradamente “intervencionista” del estado en la economía, que asfixiaba a los actores privados, retraía la inversión, estimulaba la especulación y lesionaba el sistema productivo (una de los principales objeciones fue, por ejemplo, la política de “control precios” que había inaugurado el Pacto Social; *Clarín*, 3/6/1975; 12/6/1975).

A medida que el poder peronista se fue desmoronando, *Clarín* profundizó su demanda para que el rumbo fuera corregido, en un estilo cada vez más *admonitorio* y con tintes “catastrofistas”. Hacia inicios de octubre de 1975, se manifestó por primera vez sobre la eventualidad de un golpe de estado. Días antes Montoneros había atacado un cuartel del Ejército en Formosa que extremó aún más la situación política y desencadenó la firma de los decretos de “exterminio” por parte del presidente provisional, Italo Lúder, que legalizó la intervención de las Fuerzas Armadas en la lucha “antibusversiva” en todo el

---

<sup>4</sup> De Riz, 1986; Di Tella, 1985; Itzcovitz, 1985; Maceyra, 1983; Novaro y Palermo, 2003; Sáenz Quesada, 2003.

<sup>5</sup> El estilo *admonitorio* exhorta al cumplimiento de reglas, advierte peligros, llama al orden y a la concordia buscando un equilibrio permanente en el sistema frente a las contradicciones que alcanzan niveles de grave enfrentamiento (Castelli; 1991: 195-6).

país<sup>6</sup>. El diario se refirió con cierta ambigüedad a la posibilidad de un golpe, por una parte mencionando que la crisis podía resolverse dentro de los marcos “institucionales”, pero a su vez preguntándose en forma lacónica “adónde se estaba llevando al país”, resaltando, con gran dramatismo, el agravamiento de todos los datos de “la crisis” y la ineficacia de las instituciones y los partidos políticos tradicionales para estructurar una política viable en ese contexto (*Clarín*, 5/10/1975)<sup>7</sup>.

Hacia fines de 1975 el gobierno peronista se hundía paulatinamente, jaqueado por su inoperancia, las sospechas de corrupción y la voluntad golpista de las FF.AA. Estas ya habían iniciado la organización del golpe de Estado, pero públicamente se mostraban “prescindentes” de los avatares políticos aunque “preocupadas” por la gravedad de la crisis. La situación económica era crítica y los empresarios jaqueaban al gobierno<sup>8</sup>. La Confederación General del Trabajo (CGT), las 62 organizaciones y los peronistas “verticalistas” representaban el sector político que públicamente apoyaban a la presidenta. La figura de Isabel Perón estaba absolutamente desprestigiada frente a la opinión pública, que la observaba como un personaje enfermizo, misterioso, contradictorio e ineficaz. El misterio y el rumor que envolvían al gobierno, sumado a la ciclotimia y al endeble carácter presidencial daban lugar a diversas especulaciones sobre el futuro del país. Ninguna suponía la continuidad de Isabel; las variantes que recorrían el espacio político eran cuatro: renuncia presidencial, juicio político, declaración de insania presidencial o golpe de Estado.

En este marco, desde el Poder Ejecutivo se anunció la intención oficial de adelantar las elecciones previstas para marzo de 1977 al último trimestre de 1976, lo cual fue tomado con escepticismo por parte de los diferentes actores políticos, incrédulos de lo que

---

<sup>6</sup> El ataque en Formosa despertó la agria condena del matutino, que lo calificó como una “agresión insensata y alevosa” que reflejaba la negación “terminante y final” de cualquier tentativa de “convivencia” y “conciliación”. La intervención militar decretada por Lúder fue aprobada en forma contundente (*Clarín*, 9/10/1975).

<sup>7</sup> Por su parte, el MID decidía tensar aún más la cuerda con el gobierno. El 14 de octubre emitía un comunicado -publicado en forma de solicitada el domingo 19 de octubre en los diarios nacionales- que sentenciaba desde su título: “Ya no queda ningún margen para el error”. La solicitada resumía las principales críticas y “advertencias” que el partido de Frondizi y Frigerio le había realizado al gobierno prácticamente desde la puesta en marcha del Pacto Social, y que se habían hecho públicas ya en un comunicado el 11 de marzo de 1975.

<sup>8</sup> Divididos entre los opositores al elenco gubernamental (congregados en la Asamblea Permanente de Entidades Gremiales y Empresarias, APEGE) y quienes, si bien disconformes con la situación económica, eran proclives a la conciliación (reunidos en la Confederación General Económica, CGE, garante del ya esmirriado Pacto Social)

observaban como una medida dilatoria más del gobierno. Con anterioridad *Clarín* había desmerecido un adelantamiento de las elecciones,<sup>9</sup> porque desde su punto de vista tendrían un mero “efecto analgésico” ya que:

“a nadie se le había ocurrido atribuir al solo hecho de votar, una virtud terapéutica de alcance tan extendido como para hacer desaparecer las consecuencias de la aguda crisis económica o detener la notoria escalada del terrorismo o, también, tonificar las fuerzas desfallecientes de la moralidad pública.

No se trata, pues, de una cuestión de términos o plazos, sino de cómo llenarlos. Suponer que la práctica cuidadosa de las formas institucionales tiene de por sí el carácter de recurso salvador significa ignorar la naturaleza de los problemas nacionales, ubicando sus causas en la simple inobservancia de las normas legales.” (*Clarín*, 4/10/1975).

Para el matutino la institucionalidad democrática no era concebida como un sistema que *per se* asegurara los valores y objetivos que el desarrollo debía proveer<sup>10</sup>. Es más, la democracia mal ejercida podía ser un obstáculo para la implementación programática del desarrollo. El desarrollo era un fin en sí mismo, mientras que las formas republicanas y la democracia eran instrumentos para su consecución que podían ser desechados de no ser eficaces. Esta posición, que subyacía en el pensamiento de *Clarín*, no solo se ligaba con la perspectiva particular del desarrollismo, sino que ponía de relieve la ausencia de “fe democrática” dentro de la cultura política argentina de la época (Ollier, 2005; Romero, 2004).

La ambivalencia que registraba el discurso editorial de *Clarín* frente a las posibles “soluciones” a la crisis nacional, en tanto rechazaba la posibilidad de una salida por fuera del marco institucional, pero a su vez levantaba el tono *admonitorio* y apocalíptico de sus críticas, rechazaba el recurso eleccionario y dejaba resquicios argumentales para convalidar una eventual ruptura, puede vincularse de alguna manera a la posición ambigua en la que había quedado el MID frente al FREJULI. El desarrollismo

---

<sup>9</sup> A fines de septiembre el líder radical Balbín le había propuesto a Lúder adelantar las elecciones de marzo de 1977 a noviembre de 1976, y que durante ese lapso retuviera el gobierno interino con el apoyo de los partidos políticos que dominaban el Congreso y el supuesto aval de las Fuerzas Armadas (Kandel y Monteverde, 1976: 110; Terragno, 2005: 63).

<sup>10</sup> Cabe destacar que la palabra “democracia” no era mencionada en el editorial.

pertenecía a un frente político gobernante al que criticaba en términos cada vez más duros y globales, y cuyo distanciamiento se consolidaba a medida que el gobierno no aplicaba las rectificaciones que planteaba. Pero aún en octubre de 1975 pertenecía formalmente al frente. Es de considerar que esta situación paradójica desde el punto de vista político haya influido en la política editorial aún ambigua de *Clarín*.

Finalmente, la convicción de que los cambios que reclamaba el ideario desarrollista de *Clarín* ya no podrían ser puestos en marcha por el gobierno peronista parece haber sido acelerado por la decisiva ruptura del MID con el gobierno, al abandonar el FREJULI el 18 de diciembre de 1975. La ruptura -y la aceleración de los tiempos políticos que implicó la sublevación golpista del brigadier Capellini del 18 de diciembre-, parecen haber sido decisivas para que desde mediados de ese mes *Clarín* realizara un paulatino giro en su posición editorial que se confirmará en los meses posteriores y hasta el golpe de estado<sup>11</sup>. El giro implicó un distanciamiento definitivo del proceso político conducido por el peronismo y de la creencia en la capacidad institucional del Estado de derecho para hacer frente a la difícil coyuntura. El distanciamiento se acentuó a medida que los datos de la “crisis nacional” empeoraron durante los primeros meses de 1976. En ese lapso el matutino casi no interpelará al gobierno, agudizará su juicio crítico sobre la realidad económica y objetará cada una de las propuestas políticas del oficialismo para aventar la crisis, como también la de otros actores políticos tradicionales considerados responsables<sup>12</sup>. A los errores en política económica, *Clarín* sumó en el haber negativo de la situación nacional las riñas partidarias del peronismo, la ineficacia del gobierno, la ilegitimidad de un sistema partidario perimido al que denominaba peyorativamente la “partidocracia” (el MID hacía uso recurrente de esa expresión; MID,

<sup>11</sup> Al referirse a la crisis por la rebelión de Capellini, a la cual no condenó e interpretó como causa de la “crisis nacional” y la inoperancia del gobierno, *Clarín* concluía que la crisis argentina iba llegando “a la etapa de su inevitable desenlace” (*Clarín*, 20/12/1975).

<sup>12</sup> *Clarín* descalificó abiertamente la decisión gubernamental de adelantar las elecciones para el 17 de octubre de 1976 (luego a mediados de enero de 1976 se anunció su postergación para diciembre de ese año), el cambio de gabinete presidencial del 15 de enero de 1976 y el anuncio de la creación de un consejo para la discusión del Proyecto Nacional. Medidas que para el diario indicaban en el gobierno nacional una “notable inclinación a evadir la realidad” (*Clarín*, 18/01/1976). También hacia mediados de febrero fustigó la convocatoria del gobierno a una elección para conformar una Asamblea Constituyente que tendría como fin modificar la Constitución Nacional. De constituirse, la Asamblea tendría que realizarse antes de las elecciones que habían sido pautadas para fines de 1976, con lo cual en realidad se hacía imposible concretar la elección para ese año. El proyecto era un poco sutil intento de prolongar la estadía en el poder de la presidenta, a partir de las necesarias discusiones que convocaría la reforma. La medida sumó mayor desconfianza en los sectores políticos por la intención del sector verticalista de perpetuarse en el poder.

1981) y la escasa representación de las dirigencias sindicales y empresariales. En contraste, en enero de 1976 elogiaba por primera vez desde su página editorial al jefe del Ejército, Videla, quien había afirmado que la “subversión” no era solo un problema militar sino “global”, en tanto abarcaba otros órdenes como el económico, el social y el político, lo que el matutino calificaba como “una clara definición”, “didáctica”, “depurada” y en “ascético estilo” (*Clarín*, 25/1/1976). En ese mismo editorial afirmaba, contundente, “*El país está urgido de soluciones de fondo*”<sup>13</sup>.

Por lo tanto, a partir de 1976 el matutino se sumó al marco de desafección general de gran parte de la sociedad civil y sus dirigentes hacia el proceso político encabezado por el peronismo. Y a partir de la segunda quincena de marzo, cuando todas las variables desestabilizadoras se aceleraron, el tono de sus editoriales se tornó aún más dramático, destacándose su tono “catastrofista” (Díaz y Passaro, 2002, p. 183). Así, se desentendió de la suerte del gobierno para ir reacomodándose al “inevitable desenlace” (*Clarín*, 20/12/1975).

### **Golpe y consenso expectante: “un final inevitable” y “un buen punto de partida”**

Luego de meses de planificación, el miércoles 24 de marzo a la una de la madrugada las Fuerzas Armadas derrocaron a Isabel Perón y asumieron el control de la República. Más tarde fueron encarcelados “legalmente” tanto la presidenta como todos los integrantes de su gobierno, y dirigentes políticos y sindicales de toda procedencia considerados “enemigos potenciales”, mientras otros dirigentes y militantes era apresados por los Grupos de Tareas pasando a estar “desaparecidos”, en el marco de la faena represiva del terrorismo de Estado que tronchó la vida de millares de militantes y opositores políticos. Posteriormente se comunicó por los medios masivos que una Junta de Comandantes había asumido el poder político de la Nación bajo el nombre de “Proceso de Reorganización Nacional”. La Junta estaba integrada por los tres jefes de las Fuerzas Armadas -el general Jorge Rafael Videla, el almirante Emilio Eduardo Massera y el brigadier Orlando Ramón Agosti-. Era un golpe apoyado por toda la institución militar.

<sup>13</sup> La complementación entre el elogio al jefe del Ejército, en un tono abiertamente apologético, y la necesidad de las “soluciones de fondo” aparecían implícitamente planteadas en una sugerente línea de causalidad.

El golpe fue recibido con pasividad por parte de los actores políticos tradicionales -pese a la convocatoria desesperada al paro y movilización de la GGT y las 62 Organizaciones en la madrugada del 24 de marzo- y gran parte de la sociedad civil. La redacción de *Clarín*, como la de otros diarios nacionales, estaba esperando el golpe de Estado alertada por sus fuentes en el Ejército (Llonto, 2003, p. 131). La edición del 24 de marzo reflejaba el profundo distanciamiento del diario con el proceso político abierto en 1973 que culminaba en su derrocamiento. “Nuevo gobierno”, rezaba con pretendida neutralidad el titular principal en tapa, haciendo uso de un tipo de letra inusualmente grande, aún para el hecho en cuestión. La tapa eludía abiertamente el carácter activo de las Fuerzas Armadas en la destitución. Para un lector desprevenido, el “nuevo gobierno” parecía haber sido fruto de una elección popular legítima y ejercida por procesos legales (Blaustein y Zubieta, 1999). En esta misma dirección se expresó el editorial del día, titulado “El gobierno ha cesado” (*Clarín*, 24/3/1976). Su propio título, con un tinte de pretendida objetividad, repetía el distanciamiento que se verificaba en el titular de tapa. Debido a la hora en que fue emprendida la acción golpista, el editorial todavía refería en presente al gobierno, mientras que a su vez mencionaba que en los hechos había “cesado”. El editorial describía en estilo *expositivo*<sup>14</sup> las circunstancias que justificaban el “cese”, presentando al gobierno como responsable de la situación en tanto agente “*pasivo-negativo*” (Díaz y Passaro, 2002, p. 184). Calificaba al gobierno como “abrumado” por la circunstancias, “desconcertado” por el fracaso de sus medidas para resolver la crisis y “paralizado” ante el derrumbe final de las esperanzas que se habían puesto en él tres años antes. Era así como se asistía a “un descalabro económico sin precedentes”; la Argentina en ese terreno marchaba “a la deriva”. A tono con los últimos editoriales, había otros factores que explicaban el derrumbe en torno a la responsabilidad de otros agentes “*activos-negativos*” (Díaz y Passaro, 2002, p. 184). Según *Clarín*, el Congreso Nacional había sido “incapaz” de corregir la “errática” y “desfalleciente” actividad del Poder Ejecutivo, los dirigentes sindicales eran “corresponsables” de lo que sucedía “contagiados por el desconcierto” y la clase política intentaba “componendas inoperantes”, ostentaba “dirigentes perimidos” y “partidos obsoletos” que solo buscaban alargarse su propia vida. Era todo un sistema y

---

<sup>14</sup> El estilo *expositivo* presenta un panorama de hechos conectados sin aparentar una posición explícita (Castelli, 1991: 195-6).

sus actores, no solo un gobierno, el que mostraba signos de inanición. Frente a ello el gobierno asistía resignado ese “espectáculo”:

“Ya no es más una fuente de poder sino una estructura formal, un organigrama sin vida ni contenido. Nadie espera de él la redención o la rectificación salvadora. Y por eso, en cuanto a los efectos prácticos de su función institucional, puede afirmarse sin mayor margen de error que el gobierno ha cesado” (*Clarín*, 24/3/1976).

El tono distante e indiferente se refrendaba con la utilización del recurso persuasivo de la verdad taxativa. Como han señalado Díaz y Passaro (2002, p. 185), la culminación del gobierno parecía ser responsabilidad de su autodeterminación y la de toda una dirigencia política y sindical (ni siquiera se mencionaba directamente a Isabel Perón como responsable). Tal es así que el editorial no hacía ninguna mención explícita a las Fuerzas Armadas, principal protagonista de las circunstancias. Más adelante se analizará esta “ausencia”. Vale destacar también que en la evaluación sobre la causas del golpe de Estado, el diario ubicaba a la “violencia subversiva” como un factor más de desestabilización dentro del conjunto más amplio de la crisis nacional, pero no era el elemento excluyente que explicaba la intervención militar. Lo cual se vinculaba directamente con su interpretación de la “subversión” y la lucha armada como un factor dentro de un “conflicto global” más amplio vinculado con la persistencia de un orden económico subdesarrollado que imposibilitaba satisfacer los objetivos económicos y espirituales de los habitantes de la Nación, carencia de la cual se derivaban agudos problemas sociales (*Clarín*, 9/10/1975 y 25/1/1976)<sup>15</sup>. También, el sector empresario era otro de los actores que aparecía representado como agente “positivo-pasivo”, en tanto para *Clarín* era víctima de una errónea política económica que premiaba la especulación por sobre la producción.

---

<sup>15</sup> *Clarín* interpretaba que el desarrollo económico no tenía meramente efectos materiales, sino principalmente morales y espirituales vinculados a la realización de los hombres en el mundo. En ese sentido, apelaba a la encíclica “Populorum Progressio” del Papa Paulo VI que afirmaba “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz”. Para *Clarín* a la “subversión” había que enfrentarla en términos “globales” con las “verdaderas armas de la paz” que eran las del desarrollo. No podía plantearse solamente una “solución” militar a la cuestión (*Clarín*, 9/10/1975).

Un día después del golpe de Estado, con la Junta ya habiendo asumido el gobierno nacional, el matutino ampliaba los fundamentos de su posición (*Clarín*, 25/3/1976). El recordado editorial anunciaba desde su título: “Un final inevitable”, resumiendo en pocas palabras la concepción fatalista con que se había aceptado el golpe -que no fue exclusiva de *Clarín*-. El matutino reforzaba la responsabilidad del gobierno por su caída, en este caso recordando que frente al rumbo incierto que había tomado no atendió las “justas críticas, persistiendo en el curso suicida que terminó por llevarlo a su desaparición”. Justamente, *Clarín* se incluía entre aquellos que habían realizado una “constructiva advertencia” y recordaba -sin mencionarlo literalmente- el editorial de inicios de octubre de 1975 donde se preguntaba: “¿A dónde se está llevando al país?” (*Clarín*, 5/10/1975). La ilegitimidad e ineficacia en el ejercicio del gobierno, causa que implícitamente justificaba el derrocamiento, se asentaba en un criterio instrumental por el cual “su inexplicable adhesión a políticas que demostraron reiteradamente su inoperancia para resolver los problemas nacionales, lo fue despojando de la imprescindible utilidad institucional que justifica su existencia”. De allí que para el matutino se hubiera reducido a un mera apariencia formal de poder.

Este argumento de raigambre utilitaria se entroncaba con aquellos que el diario expuso frente a las diversas propuestas que se barajaron durante los últimos meses de 1975 y primeros de 1976 -desde el gobierno y otros actores políticos- para resolver la crisis política del gobierno peronista y que contemplaban soluciones institucionales sobre aspectos formales o legales del ejercicio del poder (cambio de ministros, adelantamiento de las elecciones que estaban previstas para 1977, juicio político, convocatoria a Asamblea Constituyente, entre otros). Como se ha visto, el diario había descartado estas propuestas por considerarlas ineficaces para resolver los problemas de fondo de la “crisis nacional”. El día después del golpe de estado, recordaba justamente la ineficacia de los intentos de acuerdos electorales o diálogos con otras fuerzas políticas que pretendían resolver las cuestiones institucionales con un “simple cumplimiento de los plazos y la observancia estricta de una legalidad sin contenido” (*Clarín*, 25/3/1976). Para el diario el basamento de la institucionalidad residía en un criterio pragmático. La inoperancia y persistencia en políticas equivocadas del gobierno para afrontar la “enfermedad que carcomía progresivamente” a la Nación -una economía que demostraba haber entrado en “colapso total”, la violencia subversiva que se incrementó

de forma “intolerable”, la corrupción instalada en el gobierno “hasta los más altos cargos”-, lo habían llevado a perder “toda utilidad práctica a su función institucional” y se había convertido en “una simple abstracción legal” (*Clarín*, 25/3/1976).

Desde nuestro punto de vista, la ausencia de una objeción hacia un suceso intrínsecamente ilegal como el golpe de Estado quedaba subsanada en la lógica argumentativa del matutino al destacar que lo que había fracasado era -y se apela aquí a conceptos clásicos provenientes de la Ciencia Política- la *legitimidad del gobierno* en la eficiencia práctica del accionar gubernamental, mientras que la *legitimidad del sistema* basada en la legalidad se tornaba secundaria o irrelevante frente a la recurrente impericia gubernamental, que pasaba a ser motivo suficiente para menospreciar la *legitimidad del sistema*. Se debe comprender esta interpretación y desafección al menos a través de dos aspectos. Por un lado, dentro de la tradición de un sistema político y una cultura política para las cuales la legitimidad del sistema democrático estaba supeditada a su utilidad práctica para conseguir beneficios sectoriales o corporativos, la posibilidad de obstaculizar proyectos de sectores sociales antagónicos, o la concreción de ciertos objetivos específicos (por diversos factores que exceden a este análisis). Es decir, un sistema que para la mayoría de los actores políticos y sociales no tenía un valor en sí mismo, sino en función de los objetivos que se lograran a través suyo<sup>16</sup>. En este sentido, para el matutino el fracaso del Estado “populista” y del sistema democrático desarrollado bajo su égida se había vuelto un *corset* para los cambios que necesitaba el país. Por otro lado, esta desafección estaba íntimamente ligada al pensamiento pragmático del desarrollismo, para el cual el tipo de cambio estructural que proponía no estaba supeditado al tipo de gobierno y dominación política que los implementara. El “cambio de estructuras” podía realizarse tanto de la mano de un gobierno electo por la voluntad popular como de un gobierno dictatorial. Más aún, un gobierno dictatorial fuerte que adoptara la “solución desarrollista” tendría mayores posibilidades de concretarla porque, desde un punto de vista pragmático, dependería de su propia capacidad política para implementarla y no tendría que lidiar con una oposición consistente.

---

<sup>16</sup> Esta apreciación no supone que la democracia como sistema o los “valores democráticos” deban ser el punto de referencia excluyente para medir las actitudes y valoraciones políticas de los actores políticos de la época.

En esta línea, el MID recibió con amplio optimismo la llegada al poder de los militares. En su primer documento oficial luego del golpe de Estado, manifestó públicamente su apoyo al nuevo gobierno (MID, 1981, pp., 10-12). Según el documento, el “proceso abierto el 24 de marzo” era una “manifestación de la revolución nacional” que estaría abierto para recibir la aspiración de “transformación” de todas las clases y sectores sociales. Por eso ordenaba a sus partidarios: “los desarrollistas debemos apoyar al gobierno militar”. El comunicado era precavido al señalar que debía ofrecerse el apoyo del partido pese a que en la conducción económica se hubieran designados “hombres del grupo liberal” y a que el programa económico fuera de “inspiración monetaria”. Pero las “imperfecciones” o los “errores” en este sentido -que juzgaban eran motivados por la necesidad de corregir los errores del anterior gobierno- no invalidaban las razones del aval desarrollista. El comunicado era contundente:

“para que se marche por buen camino, los desarrollistas debemos dejar de lado los preciosismos doctrinarios, que no tienen sentido en un proceso que por definición tiene que ser ‘impuro’. El apoyo tiene que ser, como dijimos, franco y total, desprovisto de especulaciones secundarias. Si se nos pide que ocupemos cargos debemos hacerlo, sin suponer que nos conviene hacerlo más adelante. Lo que le conviene al país, lo que le conviene a la revolución nacional le conviene a todos y a cada uno de los desarrollistas.” (MID, 1981, p. 11).

En una similar línea argumentativa, el 26 de marzo *Clarín* catalogaba como “Un buen punto de partida” el inicio del nuevo gobierno (*Clarín*, 26/3/1976). Resaltaba que las Fuerzas Armadas se habían manejado con “sobriedad” y mostraban la imagen de un “ejercicio sereno del poder”. Y remarcaba que no habían existido reacciones que defendieran a un gobierno que se “titulaba a sí mismo popular”. *Clarín* destacaba que la acción de las Fuerzas Armadas se había “caracterizado por una ponderada precisión de la que había estado ausente la prepotencia revanchista o la innecesaria utilización de la fuerza”, evitando la posibilidad de un “inútil enfrentamiento”. Las tareas normales de la población habían sido apenas interrumpidas y solo se mantenían restricciones que juzgaba como indudablemente necesarias: “El pueblo en su conjunto parece haber comprendido y acatado la necesidad del cambio”, sentenciaba. Aunque la situación seguía siendo “grave”, se abrían perspectivas “en las que es dable depositar la hasta

ahora defraudada confianza de los argentinos” y por ello auguraba que se abría “una nueva etapa con renacidas esperanzas” (*Clarín*, 26/3/1976). Dos días después destacaba positivamente que las Fuerzas Armadas habían actuado en “el momento preciso” y sin especulaciones cuando estaba cerca la posibilidad de la “pobreza” y la “desintegración” (*Clarín*, 28/3/1976) -y habían desoído a quienes sugerían “demorar la intervención” para que la situación se deteriorara aún más, en elíptica referencia a Alvaro Alsogaray<sup>17</sup>-

Díaz y Passaro (2002, p. 186) mencionan que al evaluar los primeros pasos del nuevo gobierno militar el tono del diario se tornó *apologético*<sup>18</sup>. Evidentemente, una vez concretado el golpe, *Clarín* exhibió una ostensiva descompresión en su discurso editorial en relación al tono *admonitorio* con que se había dirigido al gobierno de Isabel. Pero aunque coincidimos en términos generales con esta evaluación, es necesario adicionar que esta nueva posición apologética fue morigerada porque debe inscribirse dentro del *consenso expectante* que despertó el régimen en amplios sectores sociales, y que fue una característica propia del discurso editorial del diario. Si bien el matutino avaló explícitamente la acción militar, señaló la perspectiva de un futuro promisorio y vertió opiniones más que complacientes con la forma en que se había operado el “cambio”, no expresó apoyos fervorosos ni efusivos. En cambio, la adhesión total pareció estar condicionada al cumplimiento de las demandas desarrollistas. Por eso, en el mismo editorial del 26 de marzo advertía que se estaba frente a “la hora del acierto” y, como los márgenes de error habían quedado reducidos por la agudización de la crisis, se hacía indispensable “no equivocarse esta vez el diagnóstico y proceder a erradicar, de una vez por todas, las trabas que afectan nuestro crecimiento y los vicios que minan la voluntad de avance de la Nación” (*Clarín*, 26/3/1976). En esta misma línea, dos días después -con antelación al primer discurso presidencial de Videla del 30 de marzo y el anuncio del Plan Martínez de Hoz, el 2 de abril- recordaba que “la construcción de un sólido aparato productivo constituye un requisito indispensable para la necesaria ... recuperación del país” (*Clarín*, 28/3/1976). Evidentemente, el apoyo irrestricto y a largo plazo estaría condicionado al cumplimiento de este objetivo. El cambio de gobierno era

<sup>17</sup> Pocos días antes del 24 de marzo, Alsogaray hizo pública una declaración escrita titulada “Hay que saber esperar”, donde planteaba que un golpe facilitaría las cosas de quienes eran los responsables del “caos” que vivía el país y que había que “saber esperar” hasta que el país entero estuviese clamando para que se “vayan” (*Clarín*, 21/3/1976). El desarrollismo mantenía una enconada disputa con Alsogaray, basado en sus diferentes puntos de vista sobre política económica.

<sup>18</sup> Este estilo busca difundir los beneficios de determinado sistema de gobierno y suele tener un tono propagandístico.

una condición necesaria, pero no suficiente, para la implementación de los cambios refundacionales que estaban en el centro de las preocupaciones ideológicas del diario.

Un breve balance sobre los editoriales en la coyuntura del golpe de Estado obliga a detenerse en los editoriales que evaluaron las circunstancias del derrocamiento, los días 24 y 25 de marzo, por la flagrante ausencia del actor militar como agente *activo* (recién el 26 de marzo el rol de las Fuerzas Armadas fue abordado como agente “*activo-positivo*”; Díaz, 2002, p. 185). Nuestro análisis le otorga un sentido particular a esta “ausencia” de las Fuerzas Armadas, porque entendemos que fue parte necesaria de la estructura argumentativa por la cual *Clarín* manifestó que la intervención castrense era “inevitable”. Este señalamiento de “inevitabilidad” se compuso con dos variables interdependientes: una fue señalar la incapacidad de los actores políticos tradicionales por su función “negativa” (pasiva o activa) para resolver la crisis, y la otra fue excluir deliberada y literalmente a las Fuerzas Armadas en los análisis previos al golpe como agente “*activo-positivo*” que podría encabezar una salida política a la crisis (*Clarín* no realizó un llamado literal o explícito para que intervinieran las Fuerzas Armadas, lo cual de todas maneras no implicaba desconocer la función política que le cabían en las circunstancias que atravesaba el país<sup>19</sup>). Esta construcción argumentativa permitió -con la forma elíptica que caracterizó el discurso editorial de *Clarín*- que la presencia del actor militar como agente activo de cambios fuera implícitamente supuesta por contraste a la valorización negativa de los actores políticos tradicionales como “gobierno”, “dirigentes opositores”, “parlamento” y “dirigentes sindicales”. Al negativizar las acciones de todos los actores con influencia en las cuestiones políticas y estatales, menos el de las Fuerzas Armadas, la argumentación editorial construyó así una suerte de lugar “vacante” que por consecuencia “lógica” tenía que ser ocupado por el único actor excluido de la negativización: las Fuerzas Armadas (el único “inmune” que podía evitar la disolución nacional). Pero *Clarín* lograba de esta manera resguardar su línea editorial a posibles objeciones -presente o futura- en relación a que no tremoló un apoyo abierto al golpe ni se expuso a una abierta campaña en ese sentido. En cambio, no hizo

---

<sup>19</sup> Durante los últimos meses previos al golpe de Estado las referencias a las Fuerzas Armadas fueron elípticas o limitadas a la cuestión de la represión “legal” que para el diario debía ejercerse sobre la “subversión”. Desde 1974 las Fuerzas Armadas no fueron objeto destacado de la editorialización del diario (Díaz y Passaro, 2002, p. 185).

más que “presentar los hechos”<sup>20</sup>. *Clarín* demostraba como un hecho “objetivo” e incontrastable de la realidad la incapacidad de todos los actores tradicionales del sistema político para ofrecer soluciones concretas, sólidas y perdurables a la crisis nacional. No solo por su incapacidad, sus errores previos, la corrupción u otros factores, sino también porque el tipo de cambio refundacional demandado por el diario no podía ser, ya en esa coyuntura, implementado por los actores políticos protagonistas de ese proceso político. Y aquí es preciso señalar la convergencia de las veleidades refundacionales con las que se presentó el gobierno militar y las que eran características del discurso desarrollista del diario. Seguramente, los términos amplios con los que en los primeros momentos la dictadura militar presentó sus objetivos, permitió que la demanda refundacional de *Clarín* tendiera a coincidir con el diagnóstico del gobierno y valorara positivamente su propuesta palingenésica (pese a los signos que podían poner en duda esa convergencia, como la conformación ideológica de la conducción económica). Más aún cuando ciertos escauceos “desarrollistas” del discurso presidencial y de sectores de las propias Fuerzas Armadas permitieran avalar una hipótesis de eventual apoyo (que irá languideciendo con el correr del “Proceso” y más claramente a partir de 1977-1978, cuando Martínez de Hoz no dejara dudas sobre sus intenciones económicas contrarias al ideario desarrollista).

## Conclusiones

A medida que el gobierno peronista y la clase política se mostraron más atónitos y el actor militar fue avanzando en sus planes “reorganizadores”, *Clarín*, como otros actores políticos, tendió a reacomodarse frente a la perspectiva de un cambio institucional y

---

<sup>20</sup>La representación del actor militar en los editoriales de *Clarín* fue similar a la forma en que las Fuerzas Armadas presentaron su “intervención” y la forma en que sectores civiles la interpretaron. Dentro de esa perspectiva, y solo dentro de ella, resultaba lógica esa “ausencia” del actor militar en los editoriales del matutino. Su presencia no era enunciada porque las propias Fuerzas Armadas erigían un discurso público en el que declaraban su “prescindencia” en torno a las cuestiones políticas internas, ya que formalmente no les correspondía ocupar ese rol. Pero en los hechos se destacaban como verdaderos árbitros de la contienda política nacional. Su inclusión como agentes activos en el escenario político nacional solía estar implícita, a *sotto voce*, solapada y no enunciada abiertamente, sino presentada como una posibilidad potencial. Se establecía así una suerte de juego de “ausencia-presencia” del actor militar en el escenario político donde su presencia se corporizaba por su potencialidad para intervenir. Esa “potencialidad” estaba implícita en las enunciaciones catastrofistas y dramáticas que agitaban la peligrosidad de una “desintegración” y “disolución nacional” de parte de *Clarín*, otros medios y sectores civiles que se agudizaron desde la segunda parte del año 1975. La intervención potencial del actor militar se justificaba en su capacidad de ser la *ultima ratio* para evitar la supuesta “disgregación” y amalgamar los fragmentos de la nacionalidad extraviada. El único que, retomando la referencia elíptica de *Clarín* en un editorial de mediados de marzo de 1976, podía “detener la caída” (*Clarín*, 17/3/1976).

“aceptó” la declinación del gobierno. Luego de la fractura clave del MID con el FREJULI en diciembre de 1975, describió como en una letanía los errores gubernamentales. Si antes había solicitado “cambios de rumbos”, luego de la escisión no daría signos para sostener la gobernabilidad de una administración que persistía en equivocarse. Esto se hizo evidente en la objeción que *Clarín* realizó a todas las medidas tendientes a “salvar” el proceso político luego de la fractura del MID. Al bloquear desde sus editoriales las salidas institucionales que el sistema preveía por “formales” e insuficientes, la “única” posible era la que protagonizaran las fuerzas castrenses. Pero el matutino no lo enunció abiertamente. A través de frases alusivas lo dejó al buen entender de sus lectores. Haciendo uso de un estilo similar a la diplomacia política, el diario se resguardó y no se expuso realizando lo que sería una burda campaña “golpista” (como realizó, por ejemplo, el diario *La Razón*). Por el contrario, la ubicación en el rol de quien presenta “objetivamente” los hechos le permitió eludir la responsabilidad de la posición adoptada, ya que en esa tesitura no hizo más que “describir” una situación corporizada a la vista de todos.

Con la idea de “inevitabilidad” la argumentación editorial expresó un acendrado dogmatismo al dar por sentado que el golpe hubiera sido evitable si se hubiesen ejecutado a tiempo las propuestas que el desarrollismo había hecho públicas. El final del gobierno residió en que persistió por un rumbo equivocado. El diario había alertado sobre el peligro de los errores cometidos, y por eso no podía ser acusado de apoyar activamente el derrocamiento. Había responsables políticos precisos -los agentes negativos- y otros a quienes se les excusaba de tal responsabilidad, pero que se habían visto obligados a interceder salvando a la Nación -las Fuerzas Armadas-. Y si bien era cierto que esta argumentación “reificaba” el golpe como un hecho casi natural (cuestión que señala Duhalde -1999- como una característica interpretativa general de la coyuntura previa al golpe y atizada por la prensa), es interesante remarcar que la interpretación de *Clarín* que adjudicaba la responsabilidad del golpe a errores políticos concretos de diversos sectores devolvía, paradójicamente, sus causas al redil de la política y a la existencia de una voluntad política ejercida por actores concretos que lo había hecho posible.

## Referencias bibliográficas

- Acuña, M. L. (1984). *De Frondizi a Alfonsín: la tradición política del radicalismo/I*. Buenos Aires: CEAL.
- Asís, J. (2000). *Diario de la Argentina*. Buenos Aires: Oberdán Rocamora.
- Blaustein, E. y Zubieta, M., (1999) *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires: Colihue.
- Borrat, H. (1989). *El periódico, actor político*. Barcelona: Gili
- Borrelli, M. (2010). "Hacia el final inevitable". Clarín y el golpe de estado de 1976. La Plata: EDULP (en prensa).
- (2008a). "Una batalla ganada": el diario *Clarín* frente a la compra de Papel Prensa por parte de los diarios *La Nación*, *Clarín* y *La Razón* (1976-1978). *Papeles de Trabajo*, n° 4, Buenos Aires, IDAES, septiembre-octubre.
- Castelli, E. (1991). *Manual de periodismo*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- De Riz, (1986). *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*. Buenos Aires: Hyspamerica.
- Díaz, C. L. y Passaro, M. (2002). Los mensajes del silencio: El *Día*, *Clarín* y el golpe de Estado de 1976. En C. Díaz, *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976*. Buenos Aires: La Crujía.
- Di Tella, G. (1985). *Perón-Perón. 1973-1976*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Duhalde, E. (1999). *El Estado terrorista argentino. Quince años después, una mirada crítica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Getino, O. (1995). *Las industrias culturales en la Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Itzcovitz, V. (1985). *Estilo de gobierno y crisis política (1973-1976)*. Buenos Aires: CEAL.
- Kandel, P. y Monteverde, M. (1976). *Entorno y caída*. Buenos Aires: Planeta.
- Kornblit, A. (2004). Introducción. En A. Kornblit (Coord.). *Metodologías cualitativas en ciencias sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- Llonto, P. (2003). *La noble Ernestina. El misterio de la mujer más rica del país*. Buenos Aires: Astralib.
- Maceyra, H. (1983). *Las presidencias peronistas. Cámpora/Perón/Isabel*. Buenos Aires: CEAL.

- MID (1981). *La crisis argentina (periodo 1976-1981). Planteos y proposiciones del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) frente al postergado desafío de la reconstrucción nacional*. Buenos Aires: S/E.
- Nosiglia, J. (1983). *El desarrollismo*. Buenos Aires: CEAL.
- Novaro, M. y Palermo, V., (2003). *La Dictadura Militar 1976/1983*. Buenos Aires: Paidós.
- Ollier, M. M. (2005). *Golpe o Revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*. Caseros: Eduntref.
- Romero, L., A. (2004). *Sociedad democrática y política democrática en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmas.
- Sáenz Quesada, M. (2003). *Isabel Perón. La Argentina en los años de María Estela Martínez*. Buenos Aires: Planeta.
- Ramos, J. (1993). *Los cerrojos a la prensa*. Buenos Aires: Amfin.
- Terragno, R. (2005). *El peronismo de los 70 (II)*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Ulanovsky, C., (1996). *Paren las rotativas*. Buenos Aires: Espasa.
- Van Dijk, T., (1990). *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*. Buenos Aires: Paidós.
- Verón, E. (1987). *La semiosis social: fragmentos para una teoría de la discursividad*. Buenos Aires: Gedisa.
- Voloshinov V., (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Vision.

Para citar este artículo:

**Borrelli, Marcelo** (24-09-2010). ESCRIBIENDO EL EPITAFIO: EL DIARIO CLARÍN EN LA ANTESALA DEL GOLPE DE ESTADO DE 1976.

HOLOGRAMATICA - Facultad de Ciencias Sociales UNLZ

Año VII, Número 13, V2, pp.3-23

ISSN 1668-5024

URL del Documento : [cienciarred.com.ar/ra/doc.php?n=1327](http://cienciarred.com.ar/ra/doc.php?n=1327)

URL de la Revista : [cienciarred.com.ar/ra/revista.php?wid=3](http://cienciarred.com.ar/ra/revista.php?wid=3)